



Portada

Fascinación zombi

Libros, películas, cómics, series de tv, videojuegos: el universo zombi se expande a nuestro alrededor como fenómeno cultural y de entretenimiento. Es la invasión de los no-muertos

Por Rodrigo Fresán



está ahí fuera, mientras nosotros (los buenos) resistimos dentro el contagio.

En *La serpiente y el arco iris* (Emecé, 1986), el etnobotánico canadiense Wade Davis buscaba en Haití una explicación racional y farmacológica al «truco» de la reanimación de cuerpos muertos para someterlos a la voluntad de amos despóticos: una sustancia tóxica simulaba la muerte y otra despertaba al incauto en un estado de obediencia absoluta. Pero lo suyo no alcanza para justificar la actual fascinación de esta especie de monstruo en nuestro inconsciente colectivo y en múltiples géneros artísticos. Porque tenemos zombis en la televisión (la serie basada en la novela gráfica por entregas *The Walking Dead*); en el rock (la banda no-muerta The Zombeatles y la desopilante historia alternativa de los Beatles que es *Paul Is Undead*, de Alan Goldsher); en manuales de supervivencia; en cómics (las siempre vigentes portadas de *Tales from the Crypt* y esa bizarra y cercana *zombificación* de los héroes de la Marvel); en clásicos de la literatura (el exitoso *mashup* de una Jane Austen no-muerta y la transmutación *undead* de los shakespearianos amantes de Verona en *R y Julie*, de Isaac Marion); y en películas que van de la gracia *-Zombieland-* a la desgracia *-28 días después y 28 semanas después-*. En España tenemos los casos de *Apocalipsis Z*, novela/trilogía del pontevedrés Manel Loureiro, y las varias *REC* de Balagueró y Plaza.

De los Pitufos a los Simpson

No hay que olvidar la filosofía moderna (el concepto de *p-zombie*), los videojuegos (*Resident Evil*, *Dead Island* y derivados), y hasta la estética y estrategia de saqueos urbanos en episodios de *Los Pitufos* y *Los Simpson*, o la Biblia (después de todo, ¿no son Jesucristo y Lázaro, técnicamente, zombis?). Y, semanas atrás, la publicación de *Zone One*, novela de Colson Whitehead a la que se presenta como «importante» y «seria» y «literaria». Es decir: ahora también hay que escribir la «Gran Novela Zombi Americana». Hay que sumar a todo esto la cada vez más fina -por delgada- estampa de pálidos y verdosos presidentes, banqueros y economistas del mundo posando desde su limbo con ojos en blanco para fotos a quemarropa. *Living* la vida zombi y, aún así, el misterio de tanto inusitado vigor y entusiasmo permanece.

Porque -convengamos- el zombi no tiene la aristocrática melancolía de Drácula ni el *pathos* de la criatura de Frankenstein ni el abolengo faraónico de la Momia ni los blues lunáticos del Hombre Lobo. El zombi no es espécimen sino especie: puro plural sin singularidad alguna. Es torpe y lento (siempre me pregunté cómo se las arregla para alcanzar a sus víctimas con esa cadencia casi geriátrica de su andar) y más bien poco iluminado (su permanente ansia por masticar materia gris no parecen incrementar en un gramo o una neurona su más bien difusa capacidad intelectual). Aunque sí hay algo que lo distingue y enaltece: su constancia de abeja/hormiga, su entusiasmo para crecer y multiplicarse hasta alcanzar el estatus de mayoría más bien poco silenciosa y -por último pero no en último lugar- el súbito espanto de poder reconocer entre sus filas a nuestra abuelita muerta.

De ahí que el zombi sea un monstruo eminentemente visual: hay que verlo para

creerlo (y temerlo). De ahí también que sus *greatest hits* sean eminentemente cinematográficos: *White Zombie* (en España, *La legión de los muertos sin alma*), de Victor Halperin (1934); el romanticismo gótico exportado al Caribe de *Yo anduve con un zombi*, del gran Jacques Tourneur; y la fundadora de toda la *zombilogía* moderna: *La noche de los muertos vivientes*, que George A. Romero estrenó en 1968 y que -no hace mucho- ha sido bendecida y preservada por la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos como artefacto de «importancia cultural».

Un molde que se mantiene

Allí -en glorioso blanco y negro *indie*- se propone por primera vez pero para siempre la sociedad inseparable de los zombis como el Apocalipsis. Derrames radiactivos, virus fugitivos, antigua profecía, fenómeno cósmico, esporas extraterrestres, comida en mal estado: no importa. Lo que sí importa es que, de pronto, hay mucha gente rara caminando por ahí. Y huele mal.

Romero reconoció su deuda con la novela vampírica *Soy leyenda* (1954), de Richard Matheson y, desde entonces, el molde se mantiene. Hay que correr, disparar a la cabeza, sobrevivir, atrincherarse en un sitio que puede ser una cabaña o un *shopping-mall*. Y el público -como zombis- acude una y otra vez a degustar esta premisa básica pero efectiva donde los contados y reconocibles individuos se enfrentan a la creciente y anónima masa.

No son fáciles los zombis de llevar a la página impresa, resultan menos románticos y huelen peor que los muy higienizados vampiros de Stephenie Meyer. El casi turístico *The Magic Island*, de W. B. Seabrook, en 1929, es considerado texto inicial, aunque H. P. Lovecraft lo había hecho mejor en 1921 con su clásico relato «Herbert West, reanimador». Tras sus pasos, Stephen King revisó el fenómeno en un puñado de cuentos, en esa eficaz reescritura *gore* del perfecto e incorruptible «La pata de mono» (1902), de W. W. Jacobs, que es la tremenda *Cementerio de animales* (1983), o en la no tan lograda *Cell* (2006), donde la pandemia se dispara a través de un señal enviada vía teléfono móvil.

Max «Hijo de Mel» Brooks ha explotado la *franchise* en *Guerra Mundial Z* (Almuzára, 2006) y *Zombie: guía de supervivencia* (Berenice, 2008), pero también hay que citar la original y lograda aproximación a los desaparecidos como entes *retornables* en *Chicos que vuelven* (2011), de la argentina Mariana Enríquez; y Jonathan Maberry publicó, en 2008 el ensayo *Zombie CSU: The Forensics of the Living Dead*, para después pasarse a la novela con títulos como *Patient Zero* (de 2009, donde los zombis brotan como cepa de un atentado musulmán-fundamentalista), *Dead of Night* (2011) y *Rot & Run y Dust & Decay* (2010-2011), díptico juvenil el cualien definió como «El zombi entre el centeno».

Todo lo anterior -que quede claro- es una selección parcial y personal. Imposible paladear tanta carne podrida.

Puesto a elegir una entrada reciente, me quedo con *Feed* (Minotauro), candidata al Premio Hugo 2011. La novela, de Mira Grant -alias de Seanan McGuire-, constituye la primera entrega de *The Newflesh Trilogy*

Cineastas como George A. Romero (bajo estas líneas), creador de «La noche de los muertos vivientes», y John Landis (en la imagen inferior), que dirigió el video de «Thriller», de Michael Jackson, han contribuido al éxito de la temática zombi. A la izquierda, una escena de la serie de televisión «The Walking Dead»





(en inglés ya se puede leer la igualmente recomendable *Deadline*, y para el año que viene se anuncia el cierre con *Blackout*). Y, de acuerdo, todos los lugares comunes del asunto reaparecen en *Feed*: mundo devastado, cadáveres animados dando vuelta por ahí, etc. Pero Grant no se limita o conforma nada más que con eso. En *Feed* –estamos en el año 2039– el mundo se vino abajo en 2014, cuando dos curas milagrosas (para el cáncer de todo tipo y el resfriado común) se mezclaron en el aire, dieron lugar al virus Kellis-Amberlee y desataron una tormenta de masticacerebros.

Mi brazo izquierdo

Otras partes vitales para tragar y digerir: la ultraviolencia firmada por David Moody o Scott Sigler o David Wellington; la muy rara *Green Eyes* (Júcar, 1984), de Lucius Shepard; *Souless* (2008), de Christopher Golden; la nórdica y gélida *Descansa en paz* (Espasa, 2005), de John «Déjame Entrar» Ajvide Lindqvist; y el punto de vista zombi en *Dust*, de Joan Frances Turner, una historia que arranca con la inolvidable primera oración «Hoy se me cayó mi brazo izquierdo».

Para quienes deseen entrar y salir más rápido, ahí están las antologías: la muy vintage e histórica *Zombies! Zombies! Zombies!*, a cargo de Otto Penzler, y las más modernas y repitiendo autores *Muertos vivientes*, con Christopher Golden como anfitrión, y *Zombies*, recopilada por Joseph Adams. En la última destaca «Bobby Conroy regresa de entre los muertos», de Joe «Hijo de Stephen King» Hill. Una sentida y sensible historia romántica –el amor es ese sentimiento que tarde o temprano nos *zombifica* por un rato o para siempre– en la que dos ex amantes se reencontran, en 1977, después de tanto tiempo, trabajando como extras muy maquillados y putrefactos en la filmación de *El amanecer de los muertos*, de George A. Romero. Y, sí, vuelven a enamorarse. Hasta que la muerte los separe y –tal vez, quién sabe– vuelva a reunirlos después de enterrados.

Cuando los zombis vienen marchando (afuera, todos los niños aúllan «*Dulcessss...*» y están cada vez más cerca mi puerta), no olvidemos nunca que tal vez ahí esté la clave del enigma: los no-muertos siempre fueron y son y serán nuestros seres queridos.

«La noche de los muertos vivientes» (1968), de George A. Romero, inauguró la moda de los filmes sobre zombis. Junto a estas líneas, una escena de la película



THEY WON'T S

La multitud que camina

De «La noche de los muertos vivientes» a «The Walking Dead», los zombis campan a sus anchas entre los vivos. Una metáfora del miedo a todo

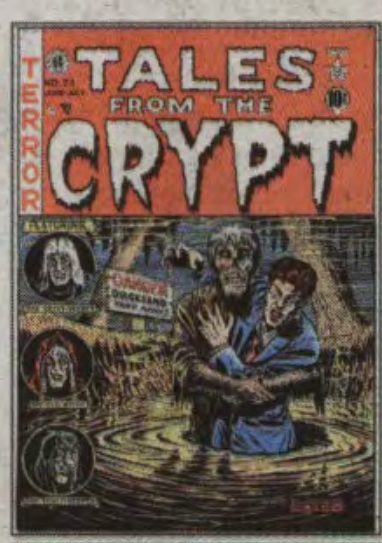
Los zombis, de ayer a hoy



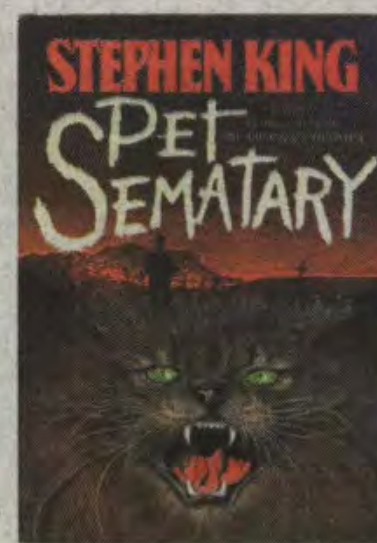
HERBERT WEST
H. P. Lovecraft (1921)
El precursor



YO ANDUVE CON UN ZOMBI
J. Tourneur (1943)
Zombis en el Caribe



CUENTOS DE LA CRIPTA
(años 50). Cómic que son ya un clásico

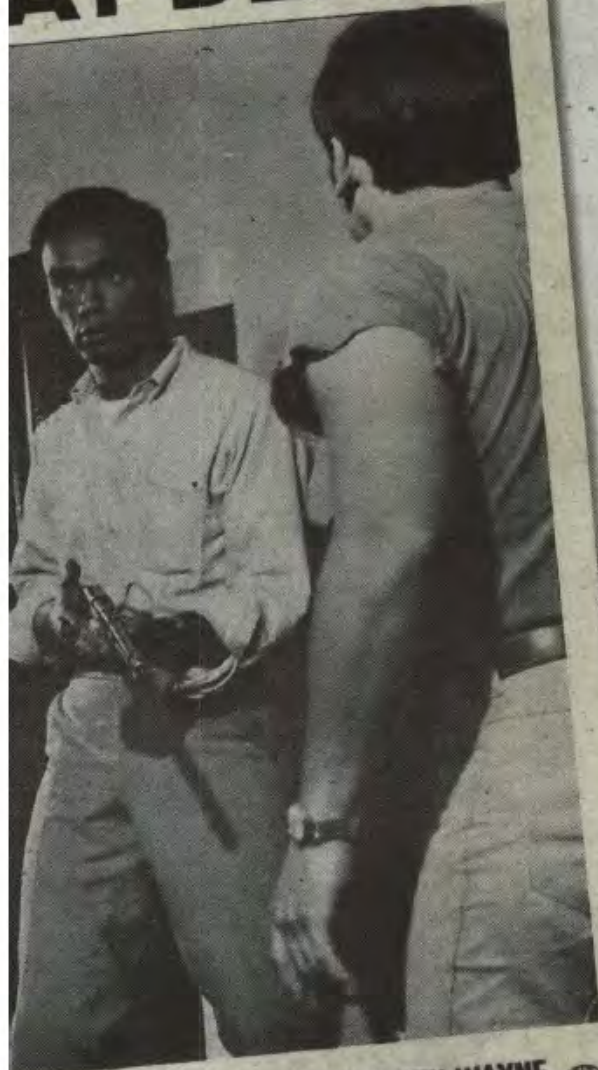


CEMENTERIO DE ANIMALES
S. King (1983)
Lo mejor del autor



THE WALKING DEAD
Kirkman/Moore (2003)
El origen de la serie de tv.

AY DEAD!



HARDMAN · JUDITH RIDLEY · KEITH WAYNE
Russo · A Walter Grade Organization Presentation · Released by Continental 68/321

Los zombis nunca me dieron absolutamente nada de miedo. Tampoco asco. Son una creación cultural tan pop como las patillas de Elvis Presley. Van todos tan juntitos siempre, en manada, se supone que vienen de entre los muertos. Pero son tan cutres los zombis, degradan tanto la muerte, que acaban convirtiendo al resucitado en un mendigo. Parece una lección última del capitalismo moral: si resucitas, aún es peor. Descansa en paz, no vuelvas, ni se te ocurra volver; desde la muerte se regresa solo para dar más pena. ¿Por qué las uñas de un zombi, tal como se vieron en el primer capítulo de la primera temporada de la famosa serie televisiva americana *The Walking Dead*, tienen que ser tan rematadamente asquerosas? ¿Por qué la muerte

debe ser tan irrespetuosa con la manicura clásica? Es una cuestión de trasfondo social. Los zombis son el proletariado del Más Allá, son la masa barata, el contrapunto de los ángeles, de las criaturas resplandecientes y de los vampiros pijos de *Crepúsculo*.

Para que quede claro que los zombis son escoria política, el primer capítulo de *The Walking Dead* se abre con el fusilamiento cerebral de una niña zombi. Nos gusta que maten a una niña zombi, no vemos niñez ni inocencia en ella, solo vemos miseria y excremento. Miseria y alienación son dos conceptos políticos. Por cierto, hay un personaje en *The Walking Dead* que es clavado al cantante español Peret. Me refiero a Dale (interpretado por Jeffrey DeMunn). Dale y Peret tienen el mismo toque visual de barba blanca, el mismo mentón, la misma cabeza. Cada vez que veo a Dale en la pantalla de la tele, pienso que en cualquier momento va a romper a cantarles a los zombis: «Una lágrima cayó en la arena, en la arena cayó tu lágrima». Zombis y rumba catalana.

A dos por hora

Desde que los inventó el director de cine George A. Romero en *La noche de los muertos vivientes* (1968), los zombis han campado a sus anchas por el mundo de los vivos. Romero les atribuyó una cualidad fundamental: que van a dos por hora. No corren. Eso pensaba Romero: que la muerte era lenta, que la muerte te convertía en el cochambroso caracol más lento del universo. Romero se inventó un bicho humano al que poder pegar tiros en la cabeza sin remordimiento. Romero se inventó la democratización de Drácula. Se inventó un submundo muy mexicano. La estética zombi se basa en los grotescos esqueletos mexicanos, en la Santa Muerte. El no-muerto perdía su aura romántica, le era retirado su encoquetamiento aristocrático. El no-muerto se convertía en masa. Porque la característica del zombi es ser masa, y ser nadie. El zombi nunca estuvo vivo. Lo que arroja un saldo metafísico: la vida no existe.

El principal horror del zombi es que va en manifestación, es decir, es un colectivo; por tanto, el zombi tiene argumento político. Entre los zombis no hay distinción social. El zombi es pobre. No hay líderes entre los zombis. Parecen comunistas mudos. Sí, son comunistas. O mucho peor: anarquistas. Además, han perdido la subjetividad del



En zombis se han convertido personajes tan conocidos como los Simpson (arriba) y los Pitufos

mundo burgués. Exactamente, son «anarcomoribundos». Me hace gracia pensar en la posibilidad de que Lenin fuese el primer zombi de la Historia. Yo creo que los zombis incluso pudieran simbolizar la demonización naif que la cultura popular americana hizo del bolchevismo.

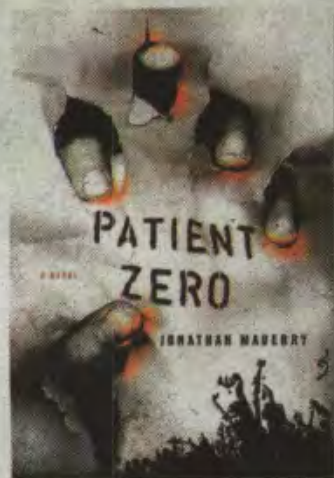
Cientificismo chiripitíflico

No tienen ocio los zombis. ¿Qué hacen mientras no persiguen vivos? Se quedan por ahí tirados, en las calles. Son vagos, perezosos e inútiles. No son capaces ni de ponerse la camisa por dentro del pantalón. Sus harapos representan el terror que nos inspira el Tercer Mundo. Porque el Tercer Mundo es un mundo de zombis. Estoy esperando una película de zombis musulmanes. Cualquiera se atreve con eso. Imposible. Hay zombis negros, chicanos, chinos, indios, pero no hay zombis musulmanes. El cientificismo con que se decoran estas películas es chiripitíflico: que si es un virus que bloquea el cerebro, que si un mordisco te contagia.

A mí me gusta cómo el protagonista de *The Walking Dead*, el sheriff Rick Grimes dispara con su revólver. Me gusta cómo suda matando zombis. La mujer de Rick tiene un rollo con Shane Walsh, el amigo íntimo de su esposo. El lado de los vivos es bastante sórdido. Esto se lo inventó Romero, el hecho comprometido de que los vivos que luchan contra los zombis sean desleales y perversos. Igual quería Romero que dudásemos si estar con los zombis o con los supervivientes, o lo que es peor: que no advirtiéramos ninguna diferencia entre vivos y muertos. Esa es la parte que menos me gusta del reino de los zombis: su relativismo, su profunda desesperación, su apocalíptica mirada.

La cultura de la supervivencia extrema es patrimonio del cine estadounidense. *The Walking Dead* actualiza esa cultura, es una cultura de la tristeza, del pesimismo y del aniquilamiento. El zombi es una metáfora del miedo a todo, a la vida y a la muerte; de ese pánico generalizado, tras el 11-S. El zombi no existe. La muerte sí. Y la muerte es humana y racional. La muerte de los seres humanos no es ridícula, el zombi sí lo es. ¿Qué hacer con un zombi? Lo que siempre se ha hecho: darle una limosna, un euro para que se compre una Coca-Cola.

MANUEL VILAS



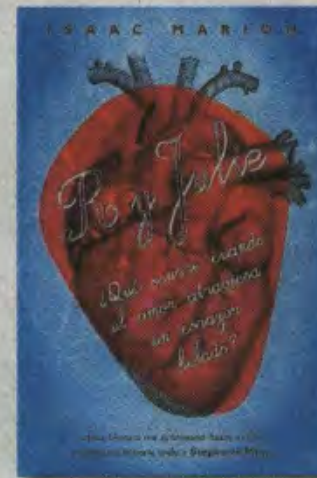
PATIENT ZERO. Jonathan Maberry (2009). Zombis que «nacen» de un atentado



ORGULLO Y PREJUICIO Y ZOMBIS. Jane Austen (2009). Vuelta de tuerca a Jane Austen



DUST. Joan Frances Turner (2010). No-muertos adolescentes



R Y JULIE. Isaac Marion (2010). Romeo y Julieta zombis



FEED. Mira Grant (2011). Terror en el año 2039